

## III.

*LOS CALUMNIADORES DEL SERVIDOR DE DIOS, CRISTÓBAL COLÓN,*  
OBRA PÓSTUMA DEL CONDE ROSELLY DE LORGUES.

La translación de las cenizas del descubridor del Nuevo Continente desde la Catedral de la Habana á la de Sevilla, por consecuencia de las vicisitudes de nuestra infortunada guerra con los Estados-Unidos de América, ha procurado motivo á la reaparición de cuestiones que parecían agotadas después del amplísimo debate de que fueron objeto al celebrarse, el año 1892, el cuarto centenario de la duplicación del mundo antiguo.

Monseñor Rocco Cocchia, obispo primeramente de Oropese, arzobispo después de Sirace y de Otranto, ha protestado en los periódicos de Italia, contra la significación del acto dicho, de transporte de los restos mortales de Colón, según la forma referida y testimoniada en las actas oficiales de exhumación é inhumación (1), manteniendo las declaraciones y razonamientos que había hecho públicos, tanto en los momentos de la invención de otros restos en la Iglesia de Santo Domingo, siendo él Delegado apostólico en la isla del mismo nombre, como posteriormente (en 1879), al contestar al informe que esta Academia elevó al Gobierno de S. M.

Otro escrito reciente, obra del Postulador de la causa de santidad del ilustre navegante ligur, se ha comentado en estos días, en lo que al asunto se refiere, así por asentar que el referido informe académico fué «verdaderamente escandaloso,» como por la firmísima seguridad que da de ser reliquias del *Mensajero del Evangelio* las existentes en la Catedral dominicana, y esto, sin que alegue, ni sea necesaria, á su juicio, otra razón, que la de haber hecho saber el Almirante su voluntad de reposar en la isla

---

(1) BOLETÍN DE LA ACADEMIA, tomo xxxiv, páginas 177-190.

de predilección, por ser evidente que un deseo del santo varón tenía necesariamente que cumplirse (1).

El libro, titulado *Los calumniadores del servidor de Dios* (2), abarca distintas materias de que, me parece, debe tener noticia, siquiera sucinta, la Academia. A tal objeto se encamina la presente comunicación.

Bien sabido es que el Conde Roselly de Lorgues dedicó gran parte de su vida, su talento literario, con más, las dotes de constancia y aun de tenacidad que en alto grado poseía, á la empresa de presentar ante el mundo de nuestra edad á Cristobal Colón como sér providencial. Persistente en la obra hasta el fin, le sorprendió la muerte el 2 de Enero de 1898, á los 92 años de edad, cuando corregía las pruebas del volumen de referencia, último que, en su idea, hacía falta para confundir á los que solo han visto en el Descubridor á un hábil marinero; para avergonzar á cuantos pusieron reparo en los actos del Almirante y Virrey, y para acabar, en una palabra, la demostración de santidad por la que le tenía proclamado desde el principio *cristiano incomparable*.

Piadoso y laudable era el pensamiento: así pudiera decirse otro tanto de los medios discurridos en pro de la realización, por el anciano escritor, no aleccionado en su larga carrera lo suficiente para oponer á las objeciones que se le hacían, la sencilla verdad, con toda aquella moderación, tolerancia y cultura que debían esperarse de sus condiciones sociales, cuando no de la caridad católica.

Mal que me pese he de expresar la creencia de que valiera más á la fama del autor, y también á la causa por él sustentada, que este libro, de que voy dando cuenta, no se hubiera escrito, y aténgome, al decirlo, á sentencia del propio Conde y del libro mismo, así formulada:

(1) No creo necesario repetir las razones por las que en España se estimó el encuentro de la supuesta sepultura del primer Almirante de las Indias en Santo Domingo, un siglo después de haber sido trasladados sus restos á la Habana, como invención torpemente urdida. Aténgome á lo dicho en el libro *Colón y la Historia póstuma*. Madrid, 1885.

(2) *Les calomniateurs modernes du serviteur de Dieu, Christophe Colomb, par le Comte Roselly de Lorgues*. Paris, 1898, en 8<sup>o</sup>

«*Les égards dus aux morts ne doivent pas aller jusqu'à la suppression du vrai.*»

Sin la salvedad, tal vez se tuviera por apasionada, aunque salte á la vista de cualquier lector índiferente, la observación de la dureza, de la inconveniencia, de la injusticia con que increpa y trata á cuantos se han atrevido á discutir sus afirmaciones, así como á los que antes de venir él al mundo asentaron especies ú opiniones contrarias á su singular criterio. No respeta á los muertos, dicho se está; no acata á la respetabilidad de Cuerpos ó Asociaciones constituídas, más que á la de personalidades, por alta y acreditada que la tengan; no escatima las calificaciones infundadas, en obra que destina, por el título, á ser estigma.

Se entenderá, sin más decir, que la Real Academia de la Historia no es, ni puede ser, excepción en el reparto de los apóstrofes. Ya en conjunto, ya en particular por individuos que han sido ó son de su seno, parece privilegiada por el número y calidad de los que la están dedicados. Guardaréme de repetirlos, señalando, por excepción, el caso del que se permitió escribir, si bien en los términos más corteses y dignos, que la historia colombina del Conde Roselly de Lorgues no puede figurar entre las obras precisamente históricas.

Al parecer, mayor insulto, injuria más grave no se ha inferido al decano de los escritores católicos. Pensar tal cosa, dice sin modestia, de la única historia completa, verdadera, ó sea definitiva, del *Amplificador de la Creación...* «de una historia alabada por dos Papas, dos Emperadores, Reyes, Reinas y Príncipes; aplaudida por las ilustraciones del episcopado y de la magistratura; por Embajadores y Almirantes; colocada en las principales bibliotecas de Europa; traducida en diversas lenguas; publicada en todos tamaños; impresa y reimpressa muchas veces, aun en España, y que ha valido al autor dos cruces de caballero, dos de oficial, cuatro de comendador y dos grandes bandas...»

¿Podrá sorprender que se desate la irascibilidad del lastimado? No más que por los demás se lamenten los efectos palpables de la senectud trabajosa en una inteligencia naturalmente clara.

Lleguemos á la tesis del libro.

«Entre los indecibles esplendores del sol ha descubierto el teles-